

EL PROCESO CATEQUETICO

La pedagogía catequética en el documento «La catequesis de la comunidad», elaborado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis

Cuando ya se había cerrado la redacción del presente número de TEOLOGIA Y CATEQUESIS, la Comisión Episcopal de Enseñanza ha hecho público un documento importante, cuyo título es «La Catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy»¹.

Aún a costa de prescindir de otros estudios preparados previamente para este número dedicado a la pedagogía catequética, hemos creído oportuno ofrecer aquí el capítulo del referido documento que versa sobre el «proceso catequético». Su contenido es esclarecedor para situarse en la originalidad de la pedagogía de la catequesis.

Para enmarcar dicho capítulo, hacemos una presentación global de las «Orientaciones», sin perjuicio de que en otras ocasiones nos hagamos eco de este documento con estudios más pormenorizados y profundizados.

Como los mismos Obispos indican en su introducción, «estas Orientaciones Pastorales tratan de proporcionar criterios para potenciar, discernir, y dar coherencia a la acción catequética que se lleva a cabo en las diócesis de España. No pretenden ser un Directorio catequético, abordando de manera sistemática todos los aspectos de la acción catequética. El conjunto de cuestiones examinadas responde, más bien, a las opciones y líneas de acción que esta Comisión Episcopal se ha propuesto como tarea en los presentes años»².

Este documento hay que situarlo en el momento concreto en que aparece. Todos conocemos lo que el Vaticano II ha supuesto de renovación, de apertura de horizontes y de creatividad para la catequesis

1 Lo citamos con las siglas LCC.

2 LCC, p. 8.

española³. Aquel acontecimiento desencadenó a todos los niveles un dinamismo eclesial cargado de vitalidad. La catequesis, enriquecida profundamente y vigorizada en sus raíces, ha sido entre nosotros un valiosísimo instrumento, privilegiado, para que el espíritu y el contenido del Vaticano II llegue a su verdadero destino.

«El período inmediatamente posterior al Concilio se caracterizó por un primer momento de acogida del acontecimiento como gran catequesis viva, en un clima de optimismo ilusionado, con numerosos esfuerzos de búsqueda y de creatividad, mientras Pablo VI reiteraba, una y otra vez, su llamamiento a ver en los documentos conciliares el nuevo Catecismo de la Iglesia. Esta etapa se solapa, más o menos, desde 1968, con otra etapa de contestación eclesial y de crisis de identidad de la catequesis misma. Un tercer momento, animado por la intención de superar las polarizaciones y por la búsqueda de una nueva y enriquecida síntesis, se ha ido alumbrando en los años últimos, en que se pretende aplicar sin reduccionismos la significación y exigencias del Concilio Vaticano II en el terreno de la catequesis»⁴.

Estas tres fases posconciliares, a las que aluden los Obispos, se han visto jalonadas por iniciativas, experiencias, tanteos, clarificaciones, directrices, instrumentos, declaraciones..., con grandes logros y luces, pero sin librarse de sombras y de realizaciones menos válidas.

Durante los últimos años, «la abundancia y la pluralidad de realizaciones en el sector de la catequesis en España, se ha visto afectada no sólo por los logros y por las crisis de la vida general de la Iglesia, sino también por las profundas transformaciones y cambios de orden político, sociocultural y económico experimentados por la sociedad española en la última década»⁵.

Todo este cúmulo de factores ha impulsado a la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis a ofrecer este documento que se suma, en y desde nuestro país, a la tarea de discernimiento y orientación de la catequesis actual que la Iglesia universal ha emprendido un poco más allá del último lustro.

Estas Orientaciones, cuyos destinatarios principales e inmediatos son quienes desempeñan responsabilidades catequéticas en niveles locales y diocesanos, salen al «encuentro de las exigencias de fondo particularmente agudas en nuestra Iglesia: redescubrir la naturaleza y la modalidad del ejercicio de una catequesis que, sin desconocer la rica experiencia del pasado, sea siempre fiel al proyecto de salvación que

3 Cf. Teología y Catequesis 1 (1982).

4 LCC, p. 6.

5 LCC, p. 7.

Dios ha revelado en Jesucristo y que va realizándose en esta realidad temporal nuestra en continua evolución»⁶.

El presente documento intenta el diálogo entre acción y reflexión. Sus autores son conscientes de que «necesitamos situar la catequesis, tan rica en iniciativas en todas las diócesis de España, en un cierto plano en que la reflexión la enriquezca y acompañe constantemente»⁷. Sus páginas constituyen una apremiante invitación a la reflexión, al estudio, a la profundización en múltiples aspectos que afectan a la catequesis y cuyo esclarecimiento es necesario para una siempre mejor y más vigorosa praxis catequética.

No es un documento que cierre o limite caminos zanjándolos, sino que abre y sugiere horizontes de los que hay que esperar «nuevas etapas de creatividad siempre en la fidelidad a los criterios que deben inspirar la acción eclesial»⁸. Por ello es una incitación para seguir pensando, reflexionando con seriedad y hondura en el quehacer catequético.

Está dividido en siete capítulos, una introducción y una conclusión, más un anexo en el que se ofrece un vocabulario con los términos más directamente relacionados con la catequesis en el sentido que se les da en estas «orientaciones».

Los tres primeros capítulos tratan de situar la identidad de la catequesis ubicándola en el conjunto de la acción eclesial y analizando su carácter propio; el cuarto reflexiona sobre la identidad cristiana y la iniciación eclesial; el quinto expone los criterios referentes a la catequesis en su ejercicio concreto —pedagogía, acto y proceso catequético—; los dos últimos sitúan la catequesis en ejercicio en referencia a la comunidad cristiana y a la Iglesia particular (L.R).



V. EL PROCESO CATEQUETICO

«La originalidad irreductible de la identidad cristiana tiene como corolario y condición una pedagogía no menos original de la fe» (CT, 58).

205. Después de haber analizado el lugar de la catequesis dentro del proceso total de la evangelización, su carácter propio y su meta, que es la confesión de fe, deseamos tratar brevemente de su pedagogía.

Más concretamente, queremos hacer ver cómo la *pedagogía catequética*

6 LCC, p. 167.

7 LCC, p. 167.

8 LCC, p. 167.

ha de inspirarse en la propia pedagogía divina, empleada en la Revelación. Consideramos importante, también, analizar los elementos integrantes del *acto catequético* y su forma de relacionarse entre sí. Finalmente, indicaremos la originalidad de cada uno de los diferentes *procesos de catequización*.

1. LA PEDAGOGIA CATEQUETICA SE INSPIRA EN LA PEDAGOGIA DIVINA

206. Dios, al revelarse a los hombres, ha utilizado una pedagogía que constituye el modelo de referencia para la catequesis:

«Dios mismo, a lo largo de toda la historia sagrada y principalmente en el Evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe» (CT, 58).

Algunos de los rasgos de esa pedagogía, inspiradores del *estilo* o *talante* propios de la catequesis, son los siguientes:

A) EL CARACTER GRATUITO Y SORPRENDENTE DE LA INICIATIVA DIVINA SITUA A LA ACCION CATEQUETICA BAJO EL SIGNO DE UNA PEDAGOGIA DEL DON.

Una pedagogía al servicio de la acción de Dios.

207. Toda la acción catequética está al servicio de la acción de Dios en cada catecúmeno y en el grupo catecumenal como tal. La catequesis se verá, así, imbuida de la discreción de saberse sólo *mediadora* entre Dios y el catequizando. El catequista sabe que la mejor catequesis no proporciona —por sí misma— directamente la fe, ya que ésta es un don de Dios al que responde libremente, el hombre. Los catequistas deben recordar que son dispensadores de la Revelación divina; dispensadores, por tanto, de la complacencia y amor eterno de Dios a los hombres. Por ello, han de orar y esforzarse para que los catecúmenos acepten no sólo la *palabra* de la verdad revelada, sino también ese *amor* del que nace la Revelación y que en ella se expresa y realiza (ver Homilía de Juan Pablo II en Granada: 5 noviembre 1982). Este dato va a afectar decisivamente a todo proceso de catequización:

UN CLIMA DE ORACION

208. Mediante la creación de un clima propicio de *oración* se fomentará de modo muy particular la escucha a las invitaciones y llamadas de Dios. La catequesis ha de desarrollar con cuidado el «oído» del catecúmeno para hacerle sensible a la acción de Dios en él. Es bueno que frecuentemente, en el silencio de un clima religioso, el cristiano sepa formular esta pregunta

fundamental: «¡Señor!, ¿qué quieres que haga?, ¿qué me pides en este momento de mi vida?».

VIVENCIAR LOS DONES DE DIOS

209. La catequesis tratará también de que el catecúmeno vivencie, una y otra vez, el don de la fe que ha recibido, el descubrimiento del Evangelio, el nuevo nacimiento en el bautismo, la gracia de la comunidad concreta en la que vive... La actualización de estas vivencias se traducirá espontáneamente en plegaria de *acción de gracias*.

En este mismo sentido, es muy enriquecedor para una comunidad catecumenal agradecer a Dios —dentro del clima de una celebración— por los «carismas» personales o las diferentes «sensibilidades» religiosas que ha suscitado en el propio grupo. Es un medio importante para incrementar la fraternidad cristiana.

LA ALEGRÍA DEL CAMBIO ENCONTRADO

210. La pedagogía del don concierne, también, a la educación de la *conciencia moral* según el Evangelio. Sería un error —por desgracia, muy frecuente entre nosotros— presentar lo que nos pide el Evangelio como una *exigencia* exclusivamente, sin haber experimentado la gracia de un *camino* encontrado. Sólo desde la vivencia de haber descubierto un tesoro se nos pueden plantear a los cristianos todas las exigencias morales evangélicas. La intensidad de la respuesta moral del catecúmeno dependerá de la intensidad del sentimiento de haber encontrado en el Evangelio algo nuevo e importante para su vida.

LA EXPERIENCIA DEL DON DEL PERDON

211. En este mismo contexto de la educación de la conciencia moral, la catequesis mostrará que la gracia es más fuerte que el pecado, que Dios es más grande que nuestra conciencia (ver I Jn 3, 20). La pedagogía del don debe abordar, así, el delicado tema del tratamiento de *la culpabilidad* en la catequesis. Creemos que uno de los sentimientos más profundos del hombre actual —sentimiento agudizado por la crisis cultural— es el de «no ser lo que uno debería». Si un proceso catequético consigue que el catecúmeno vivencie el *perdón* gratuito e incondicional de Dios como algo más fuerte que ese sordo sentimiento de culpa, está cerca de hacerle experimentar lo que es *la gracia*. En rigor, el sentido del pecado sólo es posible a aquel que ha descubierto la cercanía de Dios.

SORPRENDER LA NOVEDAD DE DIOS

212. Si la acción de Dios es siempre *sorprendente*, la pedagogía catequética ha de saber sensibilizar a esa novedad, muchas veces desconcertante. Hemos de mostrar al catecúmeno que los caminos de Dios piden frecuentemente enfrentarse con lo imprevisto de la vida, es decir, con todo aquello que irrumpe en la existencia rompiendo los esquemas previstos.

En el mismo desarrollo de un proceso catequético, aunque estemos tratando un tema conocido o un texto evangélico muchas veces comentado, hemos de educar la actitud de escuchar a Dios *sin prejuicios*, sin creer saber de antemano qué nos va a decir. Dios no se repite nunca, siempre sorprende: «ahora te hago saber cosas nuevas, secretas, no sabidas..., de las que hasta ahora nada oíste, para que no puedas decir: "esto ya me lo sabía yo"» (Is 48, 6-7).

● Por tanto, la primera característica del talante de toda pedagogía catequética —inspirada en la pedagogía divina— es esa referencia constante a la *acción del Espíritu*, Maestro interior que actúa «en la intimidad de la conciencia y del corazón» (CT, 72).

B) EL CARACTER HISTORICO DE LA REVELACION DIVINA SITUA A LA CATEQUESIS BAJO EL SIGNO DE UNA PEDAGOGIA QUE ASUME LA HISTORICIDAD DEL HOMBRE.

Una pedagogía actualizadora de la condescendencia divina.

213. El estilo de nuestra catequesis, inspirada en la pedagogía divina, ha de tener muy en cuenta la *condescendencia*¹ que Dios ha mostrado al revelarse a los hombres. «Sin mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura nos muestra la admirable condescendencia de Dios, para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita» (DV, 13).

El término «condescendencia» se refiere, además de a otros rasgos, a la adaptación de Dios a la *condición histórica del hombre*. Dios asume esa historicidad al comunicar su vida a los hombres.

RESPETO AL RITMO DE CADA CATECUMENO

214. En consecuencia, la pedagogía catequética es respetuosa con el personal *proceso de fe* de cada catecúmeno, con su ritmo propio, con su particular itinerario. Ya el hecho de concebir la fe en términos de proceso

1 La expresión «condescendencia» (en griego, *synkatábasis*) fue empleada por San Juan Crisóstomo (*In Genesim* 3, 8. *Hom.* 17, 1: PG 53, 134). Recientemente fue desarrollada en la Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, de Pío XII, sobre las Sagradas Escrituras (ver AAS 35 [1943] 309 s.) y por la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 13.

es muy importante, pues subraya el hecho de que *la adhesión* del catecúmeno a Cristo tiene lugar en forma *progresiva*. A partir de una conversión inicial, se van convirtiendo los diversos estratos de la personalidad del creyente —las diferentes «zonas» de su ser —a través de un proceso de *conversión permanente*. Ese caminar de la fe tiene sus momentos de resistencia —personales en cada uno— que el catequista ha de saber respetar con tacto y comprensión.

Este respeto al ritmo de cada catecúmeno concierne no sólo a *la adhesión de fe (fides qua)*, sino también al *conocimiento de la fe (fides quae)* en el que la «percepción paulatina» (DCG, 24) del mensaje cristiano ha de acomodarse a la capacidad del sujeto, así como al *compromiso de la fe*, en el que Dios no pide a todos las mismas cosas ni al mismo tiempo.

En este sentido, una catequesis o unos materiales catequéticos que no adecuasen, por ejemplo, el conocimiento de la fe a las posibilidades del niño, o las formas de compromiso a la situación de un adolescente, o que —sin respetar la gradualidad del conocimiento— iniciase prematuramente a un adulto en una problemática teológica más propia de un momento posterior, estaría conculcando este principio catequético. Este respeto al ritmo concierne también a aquellos sectores sociales (deficientes, marginados...) cuyo camino hacia la fe tiene características especiales.

Este mismo sentido de proceso concierne al *grupo catecumenal* como tal, al que hay que concebir como una comunidad «*in fieri*» más que como ya totalmente consumada. Aquí también debemos respetar los ritmos de crecimiento y, en consecuencia, saber graduar determinadas exigencias comunitarias del Evangelio (como puede ser la comunicación cristiana de bienes) dentro de unas etapas de crecimiento.

LA SENCILLEZ EN LA CATEQUESIS

215. Otro de los rasgos de la condescendencia divina es que Dios habla desde *lo ordinario*, y si, a veces, interviene extraordinariamente es para suscitar la sorpresa y el asombro de quienes no descubren «el milagro» de lo cotidiano². Si la «gloria» de Dios deslumbra a los pastores de Belén es para conducirlos hasta un inerte niño recién nacido, envuelto en pañales (ver Lc 2, 8 ss.). Dios se revela al hombre con *sencillez*. No usa —en su pedagogía— de las sabias o artificiosas complicaciones de los saberes de este mundo, ni actúa como aquellos que pretenden «decir u oír la última novedad» (Hech 17, 21).

² San Agustín se expresaba así: «Dios hace sus milagros fuera de lo habitual. Y, sin embargo, es mayor milagro que, cada día, nazcan tantos hombres que no existían, que el que unos pocos resuciten que ya existían» (*Sermo* 147, de Tempore).

La pedagogía catequética, fiel a esa pedagogía divina, ha de ser —a su vez— sencilla. Los padres de familia, los catequistas de base..., aunque no sean expertos en teología ni en catequética pueden ser magníficos transmisores de la fe cristiana.

Estas «Orientaciones» podrían parecer a muchos cristianos muy complicadas y hacerles pensar que catequizar no es tarea suya. Lo que pasa es que la acción catequética se realiza —corresponsablemente— desde diversas instancias: los obispos, los telogos y catequetas, los formadores de catequistas, los catequistas ordinarios... Esta «Orientaciones» se destinan especialmente a esas personas que tienen, en el campo catequético, las más amplias responsabilidades. A ellos les toca preparar instrumentos adecuados que nos ayuden a catequizar con sencillez.

LA CREATIVIDAD

216. La condescendencia divina llega hasta a hacer del hombre un *colaborador* activo de los propios hechos de la historia de la salvación. Los símbolos de esas colaboraciones humanas en la intervencin divina pueden verse representados en «Canaán» (ver Libros de los Jueces), en la instauración de la monarquía israelita (ver Libros de Samuel y de los Reyes), en la restauración posterior al exilio babilónico (ver Libros de Esdrás y Nehemías), en el sacrificio de Jesús —punto de partida de una nueva era— (ver Evangelios), en la instauración del nuevo Pueblo de Dios (ver Hechos de los Apóstoles), en la preparación de «los nuevos cielos y la nueva tierra» (ver Apocalipsis).

La pedagogía catequética, siguiendo esta pedagogía divina, suscitará —a su vez— la actividad y creatividad de los catecúmenos:

«Es claro que la dimensión activa de la catequesis está en plena conformidad con la economía de la revelación y de la salvación. Una pedagogía que favorece una respuesta activa de los catequizandos es conforme al estado ordinario de la vida cristiana, en la cual los fieles responden activamente al donde Dios por medio de la oración, de la participación de los sacramentos y de la sagrada Liturgia, por el compromiso eclesial y social y por el ejercicio de la caridad» (DCG, 75).

A esta actividad, propia del acto de fe, hay que añadir la creatividad propia del mismo proceso catequético (sobre todo con jóvenes y adultos) y que se orientará —fundamentalmente— hacia la búsqueda de un lenguaje más adaptado de la fe (ver DCG, 75 c) y hacia esa «*investigación común* que consiste en explorar las relaciones y vínculos que se dan entre el contenido del mensaje cristiano —que siempre es norma de fe y de acción— y las experiencias del grupo» (DCG, 76).

C) EL CARACTER TRASCENDENTE DEL MISTERIO DE DIOS Y DE LA SALVACION CONFIERE A LA PEDAGOGIA CATEQUETICA EL CARACTER DE SER UNA PEDAGOGIA DE SIGNOS.

Una pedagogía que respete la trascendencia de Dios.

Es importante que la catequesis manifieste que a Dios no le podemos ver cara a cara, que no le podemos «objetivar»: sólo es posible acceder a El por mediaciones, indirectamente.

UN LENGUAJE SIGNIFICATIVO

217. ● De ahí que la catequesis ha de dar toda su importancia al lenguaje simbólico, es decir, al lenguaje de los signos. Una de las mayores dificultades en la transmisión del Evangelio al hombre de hoy estriba en que —muchas veces— faltan unos *presupuestos compartidos* entre la fe y la cultura actual. Para muchos jóvenes y adultos de hoy, no versados en la especificidad del lenguaje religioso, nuestra forma de hablar de Dios y de la salvación no tiene sentido y les resulta algo extraño a sus categorías de lenguaje. Es como si, al referirnos a cuestiones que interesan profundamente al hombre, habláramos en otra lengua, desconocida para él. Es preciso, por tanto, que nuestros materiales catequéticos, respetando la trascendencia del misterio cristiano, hablen un lenguaje que conecte —de modo significativo— con aquellas experiencias humanas profundas a partir de las cuales el hombre se pregunta por la trascendencia.

EL METODO INDUCTIVO

218. La pedagogía de los signos utilizará, con provecho, el método inductivo, ya que éste «ofrece grandes ventajas» y «es conforme con la economía de la Revelación» (DCG, 72). Consiste «en la presentación de *los hechos* (acontecimientos bíblicos, actos litúrgicos, la vida de la Iglesia y la vida cotidiana), considerándolos y examinándolos atentamente a fin de descubrir en ellos el *significado* que pueden tener en el misterio cristiano» (DCG, 72).

La dinámica del método inductivo nos lleva, por tanto, del *hecho* al *misterio*, de lo visible a lo invisible, del signo a lo trascendente. Es decir, se corresponde «con la característica propia del *conocimiento de fe*, que es conocimiento por medio de signos» (DCG, 72).

Una pedagogía que, partiendo de los hechos, abra al misterio.

219. Según esto, la inducción da mucha importancia a lo *concreto*, a lo *histórico*, pero lo hace para penetrar mejor en el misterio. Utilizando este método, la catequesis ayudará al catecúmeno:

- a conocer lo más profundamente posible al *Jesús histórico*, las circunstancias concretas de su vida y de su muerte, para descubrir tras él al Cristo, el *Hijo de Dios*,
- a conocer a la *Iglesia histórica*, concreta, en su historia de ayer y de hoy, en sus instituciones, con sus grandezas y sus defectos, para descubrir tras ella el misterio de la Iglesia, el signo de salvación que Dios ha dado al mundo,
- a leer los *signos y símbolos litúrgicos-sacramentales* para descubrir la presencia viva y actual del Señor resucitado en medio de la comunidad,
- a bucear en su *experiencia humana*, en sus más hondas y radicales experiencias, para descubrir cómo tienen su consistencia en el misterio de Cristo, que se une a todo hombre,
- a dejarse interpelar por el *testimonio* de tantos cristianos que viven con hondura su fe, para descubrir en ellos la acción del Espíritu,
- a leer e interpretar los *signos de los tiempos* para descubrir tras ellos «la presencia y los planes de Dios» (GS, 11).

Mediante esta pedagogía de los signos, la catequesis —a lo largo de todo el proceso catequético— trata de que el catecúmeno vea las cosas con una mirada nueva, con unos ojos nuevos: con la luz de la fe. Al transmitirle el mensaje del Evangelio le abre, al mismo tiempo, a una interpretación nueva de su propia vida y de la historia.



Los tres rasgos de la pedagogía catequética.

220. El carácter gratuito, histórico y trascendente de la pedagogía divina proporciona, así, a la catequesis el carácter propio de ser una pedagogía del *don*, de la *historicidad* y del *signo*.

2. EL ACTO CATEQUETICO

221. En el acto catequético se integran varios elementos o factores que se reclaman mutuamente y que, por tanto, no se pueden disociar entre sí. Aunque no se actualicen todos al mismo tiempo, ni siempre de acuerdo a un orden fijo, todos ellos deben concurrir en el acto catequético.

Los elementos del acto catequético.

Nos referimos a la *experiencia* —humana y cristiana— del catecúmeno, a la *Palabra de Dios*, contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición,

a la *expresión de la fe*, en sus diversas formas: confesión de fe, celebración y compromiso.

Dentro de la flexibilidad con que estos elementos pueden conjugarse a lo largo de un proceso de catequización, queremos indicar brevemente algunas cuestiones, de especial importancia, referentes a los mismos.

A) LA EXPERIENCIA.

222. Entre el *Evangelio* y la *experiencia humana* hay un lazo indisoluble, ya que aquél se refiere al sentido último de la existencia para iluminarla, juzgarla y transfigurarla (ver CT, 22).

La semilla del Evangelio fecunda la vida humana.

El Evangelio es como una semilla depositada en un campo. La semilla es la Palabra de Dios; el campo es el mundo, la vida, el corazón del hombre. En todo proceso catequético la Palabra de Dios fecunda la existencia humana, y de esa fecundación brota *la confesión de fe*, enraizada en la memoria, inteligencia, voluntad y corazón del catecúmeno. En la profesión de fe confesamos que nuestra vida tiene ya pleno sentido en referencia a Jesús, el Señor.

LA EXPERIENCIA EN EL ACTO CATEQUETICO

La fe cristiana asume la experiencia humana.

223. La experiencia humana entra en el proceso catequético por *derecho propio*. Si hoy la Iglesia insiste en el papel que juega la experiencia en la educación de la fe, no es por concesión a una corriente de la pedagogía general en los tiempos actuales. La misma naturaleza de la fe cristiana y de su trayectoria de maduración postula que se atienda debidamente a la experiencia en el acto catequético. Diciéndolo de otro modo, se puede afirmar que una «catequesis de la experiencia» es algo más que una mera modalidad transitoria de la pedagogía catequética, es algo más que una metodología: es algo inherente a la transmisión del Evangelio para que éste pueda ser recibido como mensaje de salvación.

El hombre es capaz de acoger la Palabra de Dios.

El hombre, desde su ser más profundo, es radicalmente capaz de dialogar con Dios, de ser alcanzado por Dios que le habla y de responder de manera real a su Palabra interpelante; lo cual supone que el hombre es *radicalmente capaz* de acoger responsablemente la salvación gratuita que Dios le ofrece para resolver en plenitud sus más hondos y decisivos problemas.

*Hay una correlación entre Dios, que habla,
y el hombre, que escucha.*

En realidad, nos hallamos aquí ante uno de los principios teológicos subyacentes a toda la temática de la experiencia en la catequesis. La experiencia de mayor importancia del hombre —tanto personales como sociales— (ver DCG 74), cuando son profundizadas, le ponen al descubierto al catecúmeno los interrogantes más acuciantes de su existencia. Ahora bien, si el catecúmeno es *capaz* de entender la Palabra viva de Dios como respuesta *salvadora* a esas preguntas entonces es que se da, radicalmente, una *correlación* vital entre Dios, que se comunica, y el hombre, que está a la escucha.

El hombre es imagen de Dios.

Donde se hace posible la comunicación entre Dios y el catecúmeno es en la condición que tiene el hombre de «*imagen de Dios*» (*imago Dei*), de la que brotan las supremas preguntas que cuestionan al hombre y que constituyen el substrato de sus fundamentales experiencias. Si se admite con seriedad que el hombre es imagen de Dios y sacamos de ahí toda las consecuencias, no hay ninguna bipolaridad o dualismo irreconciliable entre experiencia y mensaje cristiano: todo lo contrario, el Evangelio está destinado a penetrar en el terreno de la experiencia humana para fecundarlo y hacer que brote de él la fe.

● Esto supuesto, tratemos de responder ahora a alguno de los *interrogantes* más frecuentes que se nos plantean, en la acción catequética, respecto a este tema de la experiencia:

EXPERIENCIAS QUE PRIVILEGIAR

224. —¿*Qué experiencias ha de privilegiar un proceso catequético?*

Aquellas experiencias que son *nucleares* para un hombre que vive una edad y situación determinadas.

La catequesis asume las experiencias nucleares del hombre.

Hablando, por ejemplo, de la adolescencia, la Exhortación *Catechesi tradendae* se referirá a los «grandes temas» de esa edad: el descubrimiento de sí mismo, el sentimiento del amor, el deseo de estar juntos, la alegría del descubrimiento de la vida... (ver CT, 38). Y añade: «La revelación de Jesucristo como amigo, como guía y como modelo admirable y, sin embargo, imitable; la revelación de su mensaje que da respuesta a las cuestiones fundamentales; la revelación del plan de amor de Cristo Salvador como encarnación del único amor verdadero y de la única posibilidad de unir a los

hombres, todo eso podrá constituir la base de una auténtica educación en la fe» (CT, 38).

A través de este ejemplo, podemos deducir que todo proceso catequético que pretenda una educación integral de la fe ha de saber conjugar lo *nuclear* del evangelio con las experiencias *nucleares* de los catecúmenos. Hemos de saber superar, por tanto, la falsa *dicotomía* «catequesis vivencial o catequesis doctrinal» mediante un proceso de catequización que *integre* el Evangelio y la experiencia:

«No hay que oponer una catequesis que arranque de la vida a una catequesis tradicional, doctrinal y sistemática. La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación... Pero esta Revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a esa. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio» (CT, 22).

SUPERAR LA YUXTAPOSICION «EXPERIENCIA-MENSAJE»

225. —¿Cómo superar la yuxtaposición «experiencia-mensaje» en la catequesis?

Refiriendo la experiencia humana del catecúmeno a las experiencias humanas *paradigmáticas* —individuales y sociales— ya asumidas por la Revelación histórica de Dios y expresadas en la Sagrada Escritura.

La catequesis refiere la experiencia humana a las experiencias bíblicas paradigmáticas.

Hemos de reconocer que, a veces, se da esa yuxtaposición un tanto artificial entre la experiencia humana y la iluminación evangélica en el acto catequético. Esto ocurre cuando al analizar tal o cual experiencia del catecúmeno, y recurrir luego al evangelio para que la ilumine, reducimos la función de éste a iluminar *sólo* la zona o dato de experiencia que le presentamos, dispensando al evangelio del propio e imprescindible papel de *ensanchar* esa experiencia, de hacerla más honda, de abrirla a nuevos horizontes.

Llevando esta dinámica hasta el extremo podríamos elaborar una *programación* catequética a base de unas *preguntas* que nosotros formularíamos al Evangelio, pero dispensando a éste de evocar en nosotros aquellas experiencias humanas —que también vive el catecúmeno— y que son las experiencias que realmente nos abren a la fe cristiana. Hay, en efecto, materiales catequéticos que no plantean las experiencias humanas a las que realmente responde el Evangelio.

Creemos que la manera de superar esta yuxtaposición artificial es relacionar o referir la experiencia concreta del catecúmeno tal como él la vivencia, con las *experiencias bíblicas fundamentales* —individuales y sociales—, de las que el mismo catecúmeno participa ya en algún grado y ayudarle a dejarse interpelar por ellas para recabar una más honda comprensión de sí mismo desde la Palabra de Dios.

En muchas realizaciones catequéticas recientes se dan, lamentablemente, tendencias que vienen de una superficial comprensión —de una y otra parte— de lo que es la realidad de la experiencia para la inteligencia y vida de fe.

VISION EVANGELICA DEL HOMBRE

226. —¿Visión global o fragmentaria de la experiencia humana?

Es esencial que, al final de un proceso catequético, el catecúmeno adquiriera «una visión evangélica del hombre» (EN, 35) que sea global, no fragmentaria.

La catequesis descubre el plan de Dios sobre el hombre.

Hablamos ahora de superar no ya la *yuxtaposición* «experiencia-mensaje», sino la *fragmentariedad* de la visión cristiana del hombre que la catequesis ha de proporcionar. Ninguna de las dimensiones o actitudes fundamentales del auténtico discípulo de Jesús debe quedar oculta.

En este punto, el siguiente principio conciliar es decisivo para la catequesis: «Cristo, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta *plenamente* el hombre al propio hombre» (GS, 22). Dicho de otra forma, al final de un proceso de catequización, al mismo tiempo que el catecúmeno se ha ido adentrando en el misterio de Dios, adquiere «la *concepción del hombre*» (EN, 33) que propone el Evangelio y se inicia en una lectura de los acontecimientos y de las situaciones humanas desde el *sentido cristiano de la historia*. Reducir la catequesis a la iluminación de experiencias humanas aisladas y fragmentarias sería recortar el Evangelio y, en el fondo, dispensarnos de la interpelación que éste dirige a la *totalidad* de nuestra existencia.

LA EXPERIENCIA CRISTIANA Y ECLESIAL

227. —¿Qué papel desempeña la experiencia directamente religiosa del catecúmeno?

Es fundamental que la catequesis asuma la *experiencia cristiana y eclesial* del catecúmeno, sin reducirse a sus experiencias humanas.

La catequesis asume la experiencia religiosa del hombre.

En nuestro contexto socio-cultural, ordinariamente, el catecúmeno tiene una experiencia e idea de Dios determinadas, unas actitudes concretas respecto a la Iglesia. Tiene una experiencia de oración y de compromiso cristiano concretos. Tiene —y esto es muy importante— un pasado, una biografía religiosa hecha de acontecimientos y decisiones que le acercaron o le alejaron del Evangelio o de la vida eclesial. Para él, la Persona de Jesús supone algo determinado, tiene ante ella una postura ya tomada.

Toda esta experiencia cristiana y eclesial ha de ser contrastada con el Evangelio a lo largo del proceso de catequización: los genuinos valores religiosos han de ser potenciados, los prejuicios han de ser disueltos, las crisis pasadas no resueltas han de ser analizadas. Dicho de otro modo, la catequesis asume, purifica y potencia la experiencia religiosa concreta del catecúmeno.

B) LA PALABRA DE DIOS.

228. La Palabra de Dios ilumina todo el acto catequético y es el elemento que da conexión a todos los demás. La catequesis, en efecto, es ese proceso en el que el grupo catecumenal entra en contacto con *el Evangelio* que la Iglesia le entrega, para dejarse *interpelar* por él, para *conocerlo* en profundidad y para *vivirlo* orientando desde él la existencia.

La catequesis es una iniciación a la lectura de la Sagrada Escritura.

De ahí que sea esencial para la catequesis el abrir, ante el corazón del catecúmeno, *la Sagrada Escritura* y enseñarle a interpretar su mensaje:

«El primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo. En esta línea, la catequesis es una auténtica introducción a la "lectio divina", es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura hecha "según el Espíritu", que habita en la Iglesia» (MPD, 9).

La catequesis es, en otras palabras, enseñar a leer la Escritura con el corazón de la Iglesia:

La catequesis «ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y actitudes bíblicas y evangélicas a través de un contacto asiduo con los textos mismos... y será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia» (CT, 27).

• Supuesto esto, una serie de interrogantes surgen —aquí también— al tratar de analizar el empleo de la Sagrada Escritura en el acto catequético:

LA SELECCION DE TEXTOS BIBLICOS

229. —¿La selección de textos bíblicos ha de estar determinada por la experiencia humana que el Evangelio trata de iluminar?

Seleccionar los textos bíblicos fundamentales.

Esta es una pregunta realmente importante para la catequesis española, dado el enfoque de muchos materiales catequéticos que circulan entre nosotros. Unos materiales concebidos para un plan de catequesis de talante catecumenal y, por tanto, con la finalidad de proporcionar una presentación íntegra del mensaje cristiano —no hablamos aquí de los que tienen una finalidad más ocasional— han de saber presentar un conjunto tal de textos bíblicos que haga posible una *síntesis de fe* coherente.

En otras palabras, hay que hacer compatible la atención metodológica a la experiencia («partir de la vida» en un tema) con la necesidad de tener una «visión coherente» del Evangelio:

«Es inútil querer abandonar el estudio serio y sistemático del mensaje de Cristo, en nombre de una atención metodológica a la experiencia vital. Nadie puede llegar a la verdad íntegra solamente desde una simple experiencia privada, es decir, sin una conveniente exposición del misterio de Cristo» (CT, 22).

La catequesis presentará, por tanto, al catecúmeno —de acuerdo con su edad y situación— aquellos *textos bíblicos fundamentales* que le ayuden a enuclear su fe.

230. —¿Qué relación existe entre la iniciación a la Sagrada Escritura y la entrega del Símbolo y del Padre Nuestro, elementos todos ellos esenciales en toda catequesis de inspiración catecumenal?

La relación viene pedida por la finalidad de la catequesis, la *confesión de fe*:

«La catequesis tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe (...). A lo largo de su preparación, los catecúmenos reciben el Evangelio (Sagrada Escritura) y su expresión eclesial, que es el Símbolo de la fe» (MPD, 8).

Una clave de lectura de la Sagrada Escritura

Para una auténtica introducción en la Sagrada Escritura, la Iglesia entrega al catecúmeno una *clave de lectura*: el Símbolo, el Padre Nuestro y una normativa de conducta que recoge lo esencial del estilo de vida del Evan-

gelio, como son el «mandamiento del amor» y las «Bienaventuranzas» (que son la referencia moral concreta señalada por Pablo VI en el «Credo del Pueblo de Dios»³).

La importancia de esta clave de lectura consiste en que tanto el Símbolo, como el Padre Nuestro, como el Mandamiento del amor, junto a las Bienaventuranzas, son lo *esencial* de la Sagrada Escritura: son la «regla de la fe», el modelo de toda oración cristiana y las actitudes básicas que configuran la vida evangélica. Son el corazón de la Escritura y el criterio de su interpretación.

231. En el *Símbolo de la fe* se contienen el misterio de Dios y los hechos salvíficos esenciales. Al introducir al catecúmeno en las diferentes perícopas del Antiguo y Nuevo Testamento, el Símbolo le ayuda a situar esas perícopas en referencia al misterio de Cristo, a hacer una lectura cristiana del Antiguo Testamento y a jerarquizar la lectura bíblica en torno a la salvación de Dios en Cristo.

El *Padre Nuestro*, por su parte, le permite adentrarse en la lectura de los salmos y —más en general— en el amplio campo de la oración bíblica desde el modelo paradigmático de toda oración cristiana que es la oración del Señor. Desde la óptica del Padre Nuestro, la plegaria de los salmos se convierte en oración cristiana; desde las actitudes básicas que lo configuran, la autenticidad de la iniciación catecumenal en la oración y celebración queda asegurada.

El *Mandamiento del amor* y las *Bienaventuranzas* que —en último término— encarnan las actitudes interiores de Jesús mismo, ayudarán al catecúmeno a situar y relacionar las numerosas perícopas bíblicas de contenido moral, dándoles una coherencia y un punto de referencia desde el que desarrollar ese «cambio progresivo de sentimientos y costumbres» (AG, 13), implicado en todo proceso catecumenal y que, en último término, es fruto del Espíritu (ver Gal 5, 13-26).

³ La Iglesia, en sus enseñanzas morales, ha mantenido siempre la «sustancia moral evangélica» —que es irrenunciable— y la ha adaptado a las concretas circunstancias históricas y a las concepciones éticas imperantes en las diversas épocas. Al proponer a los cristianos su doctrina sobre el «seguimiento de Jesús», la Iglesia ha empleado con flexibilidad diversos esquemas que, con frecuencia, son contemporáneos unos de otros: así, «los dos caminos» (Didaché 1, 1-2.5), el «Decálogo» (catequesis «típica» de la pastoral medieval, del «Catecismo Romano» y de los catecismos de la Edad Moderna); las «virtudes teologales y virtudes cardinales»; el «mandamiento del amor» y las «Bienaventuranzas» que, introducidos por Pablo VI en la *Solemnisi Professio Fidei* («Credo del Pueblo de Dios»), supuso una verdadera innovación en la historia de las profesiones de fe al incluir, por primera vez, un apartado dedicado a la moral.

Una relación que funciona en el doble sentido.

232. Entre la Sagrada Escritura y esta clave de lectura que la Iglesia entrega al catecúmeno, la relación circula en el doble sentido:

- desde el Símbolo, el Padre Nuestro y las Bienaventuranzas podemos seleccionar aquellas perícopas bíblicas que mejor contribuyan a nutrir *la síntesis de fe*. Desde ahí detectaremos enseguida cuándo nuestra lectura de la Escritura es parcial e incompleta. El conjunto de «documentos de la fe» propuestos por la catequesis será así más armónico,
- desde la Sagrada Escritura, tanto el Símbolo, el Padre Nuestro, como las Bienaventuranzas se irán cargando de contenido, el esqueleto se irá llenando de carne, cada artículo, cada petición, cada bienaventuranza se verá enriquecida por figuras bíblicas, parábolas evangélicas, salmos, acontecimientos..., que —de uno u otro modo— desarrollan aquel núcleo esencial.

Esta misma clave de lectura contribuye también a hacer una selección catequética adecuada de los textos del *Magisterio*, dentro de la abundante riqueza de los mismos, en función siempre de la mejor comprensión de la Sagrada Escritura y de las necesidades más características del creyente y de la comunidad, hoy.

LOS CATECISMOS EN EL ACTO CATEQUETICO

Los catecismos como «libros de la fe»...

233. Aquí radica la importancia del *catecismo* y del papel que le corresponde desarrollar dentro de la dinámica del acto catequético. La Iglesia, a través de sus Obispos, recoge en el catecismo —de manera oficial— aquellos «documentos de la fe» que considera fundamentales para unos destinatarios en una situación y tiempo determinados.

Los catecismos son los «libros de la fe» que recogen el anuncio cristiano y la experiencia de fe vivida por la Iglesia, la cual traduce esta riqueza a fin de que sea legible y significativa para los que caminan hacia la maduración cristiana. Al proponer a los creyentes esta riqueza de manera autorizada y auténtica, los obispos ofrecen a sus comunidades un conjunto que constituye «regla de fe» y orientación básica de la catequesis.

...son un elemento fundamental del acto catequético.

El catecismo, por supuesto, no agota todos los elementos que deben concurrir al acto catequético, pero es elemento de fundamental referencia. Es obvio que, si la «catequesis no consiste únicamente en enseñar la doctrina,

sino en iniciar a toda la vida cristiana» (CT, 33), la pedagogía catequética no puede reducirse a explicar el catecismo al niño y a que éste se limite a aprenderlo. Es en la dinámica de una pedagogía de la fe, concebida como formación cristiana integral, donde el catecismo —sobre todo en el nivel de niños y adolescentes— desempeña una función esencial.

C) LA EXPRESIÓN DE LA FE.

Las formas en que se expresa la fe.

234. La *Palabra de Dios* —semilla depositada en el campo de la *experiencia humana*— hace madurar *la fe* en el corazón del catecúmeno. Esta fe, que penetra y transforma la totalidad de la personalidad del creyente, se expresa mediante la profesión o proclamación de la misma, la celebración y el compromiso cristianos, que son el corolario constante que acompaña de manera ininterrumpida todo el proceso de catequización:

- mediante la *profesión de fe*, proclamada en la comunidad, el catecúmeno devuelve —progresivamente interiorizado— el Símbolo que le fue entregado,
- mediante la *celebración*, el catecúmeno refiere constantemente a Dios, verdadero artífice de su crecimiento, la maduración progresiva de su fe cristiana al compartida en la comunidad fraterna,
- mediante el *compromiso*, el catecúmeno transforma progresivamente su vida y da testimonio ante el mundo de ese hombre nuevo en que se va convirtiendo.



Densidad del acto catequético.

235. Tal vez a la luz de lo expuesto se perciba mejor la densidad del *acto catequético*, al que concebimos como una interrelación de elementos, en constante comunicación interna entre ellos:

- la experiencia humana,
- la Sagrada Escritura y el Símbolo,
- la expresión de la fe: profesión, celebración y testimonio.

A lo largo de un proceso catequético, importa menos el orden concreto que se establezca en la programación de los temas, así como también la pedagogía de cada uno de ellos, que puede partir de la experiencia, de la Escritura, del Símbolo, de la celebración o del testimonio. Lo importante es que el acto catequético dinamice los tres planos a los que nos hemos

referido y que, a lo largo de todo el proceso de catequización, vaya madurando *la fe* del catecúmeno en la línea de una confesión cada vez más madura de la misma, más arraigada en la Escritura y más significativa para su vida.

3. EL PROCESO CATEQUETICO Y LAS DISTINTAS ETAPAS VITALES

Qué es un proceso catequético.

Entendemos por *proceso catequético* ese período intensivo de formación cristiana integral y fundamental, desarrollada a lo largo de un tiempo determinado, es decir, marcado por un principio y un final.

Durante siglos de nuestra cultura —en los que la fe cristiana era algo connatural— ha bastado situar el proceso catequético en la *infancia*. El alimento normal que ofrecía la comunidad cristiana, bastaba —después— para mantener viva la fe del cristiano. Esta realidad ya no es la nuestra. En las actuales circunstancias se debe ofrecer a los creyentes la posibilidad de seguir un proceso catequético en cualquiera de las grandes *etapas de la vida*.

A) EL PROCESO CATEQUETICO DE ADULTOS.

La catequesis de adultos es paradigmática.

237. Queremos comenzar por los adultos, porque la catequesis de adultos es el *proceso paradigmático* en el que los demás deben inspirarse:

«La catequesis de adultos, al ir dirigida a hombres capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a las que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan» (DCG, 20).

Habría podido observarse que las presentes «Orientaciones pastorales», fieles a este principio catequético, han sido concebidas desde este modelo de la catequesis de adultos.

La Exhortación *Catechesi tradendae*, recogiendo una de las preocupaciones más constantes de los Padres del Sínodo de 1977, impuesta con vigor y con urgencia por la experiencia que se está dando en el mundo entero, trata con profundidad este «*problema central*» de la catequesis de adultos:

La catequesis de adultos «es la forma principal de la catequesis, porque está dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada» (CT, 43).

Este carácter paradigmático de la catequesis de adultos —aparte de las razones aludidas— adquiere hoy entre nosotros un relieve especial, dado que la situación socio-cultural de cambio en que vivimos hace más necesario que nunca el que los *niños* y *jóvenes*, para poder afirmarse en su fe, puedan referirse a los *adultos*, a comunidades cristianas vivas que den testimonio de la misma.

238. ● En las diócesis españolas la catequesis de adultos ha adquirido —desde hace algunos años— una importancia considerable. En buena medida ha sido superada aquella etapa en la que hablar de catequesis era sinónimo de referirse a los niños. Con el propósito de mantener y potenciar este esfuerzo de catequización de adultos, queremos señalar las siguientes *pistas de futuro*:

PROCESOS ORGANICOS DE CATEQUESIS DE ADULTOS

239. — La catequesis de adultos quedará más identificada y conseguirá mejor sus objetivos si sabemos concebirla como un período intensivo —que empieza y termina— y suficientemente prolongado de formación cristiana integral y fundamental. Esto supone acentuar el carácter *temporal* y *orgánico* del proceso de catequización.

En otras palabras, habría que caminar hacia proyectos catequéticos más organizados y sistematizados —de una seriedad no menor que la que utilizamos con los niños y los jóvenes—, superando una catequesis de adultos un tanto diluida y poco estructurada. Esto implica dotar al proceso catequético de unos objetivos, programación e instrumentos más precisos.

DOS MODALIDADES BASICAS

240. — Dado que el carácter propio de la catequesis trata de *fundamentar* la fe, ello nos obliga a atender —en nuestro contexto— estas dos necesidades:

- el de la *fundamentación básica de la fe*, dirigida a aquellos adultos que, «estando bautizados, carecen, sin embargo, de la debida iniciación cristiana» (DCG, 19) y su situación es cuasi-catecumenal (ver CT, 44),
- el de la *consolidación* de esos fundamentos, dirigida a aquellos cristianos que, en las circunstancias actuales, necesitan afianzar la adhesión, el conocimiento o el compromiso de la fe.

Ambas tareas de catequización son urgentes.

CATEQUESIS DE ADULTOS DIRIGIDA A LOS SENCILLOS

241. — Hemos de procurar que nuestro esfuerzo catequizador evite caer en un cierto «elitismo» y, por el contrario, trate de dirigirse a *los sencillos*, a esos que nunca participan en nada. Esta acción —en la que debemos implicar a muchos catequistas seculares— exige una planificación muy cuidada y unos instrumentos simples, pero sólidos y bien concebidos. No confundamos la catequización de los sencillos con una catequesis inorgánica: «Esta formación orgánica y ordenada no puede quedar reducida a una simple serie de conferencias y charlas» (DCG, 96).

EL GRUPO COMUNITARIO REDUCIDO

242. — El clima normal de la catequesis de adultos —como el que corresponde a la de niños y jóvenes— será el *pequeño grupo*, en el que se podrá educar mejor el *espíritu comunitario*, inherente a la fe cristiana: «Dentro del ámbito de pequeños grupos de fieles, la catequesis ayudará a los adultos a vivir plenamente la caridad cristiana; la cual, como signo de una cierta experiencia común, hace que unos y otros se ayuden en la fe» (DCG, 93).

Dado el carácter transitorio de la catequesis, es preciso idear fórmulas —normalmente en el marco de las parroquias— para que las exigencias de una vida cristiana comunitaria, suscitadas en la catequesis, tenga una *continuidad* adecuada.

243. • Es obvio que esta tarea de *catequización orgánica* de adultos no se opone ni dificulta la necesaria *catequesis ocasional* (sobre todo la pre-sacramental), ni la *catequización de talante misionero*, no necesariamente tan estructurada. Tampoco dispensa a una Iglesia diocesana de las iniciativas necesarias para desarrollar la *enseñanza teológica* dirigidas a los seculares.

Si al Obispo diocesano compete el discernir y moderar los procesos catequéticos desarrollados en la Iglesia particular, este oficio pastoral se acentúa obviamente en la catequesis que acabamos de calificar de *paradigmática*, al servicio de los adultos. Y esto, primordialmente, por razón de principios pastorales, sin excluir que este deber se hace más acuciante en coyunturas en que proliferan iniciativas privadas —en ocasiones ambiguas y contradictorias— que no favorecen la unidad en la edificación de la Iglesia.

B) EL PROCESO CATEQUETICO DE NIÑOS Y JOVENES

244. La iniciación cristiana de los niños, adolescentes y jóvenes hunde sus raíces en el sacramento del Bautismo. El niño recibe en él el don gratuito de la fe como un germen que necesita ser desarrollado y cultivado.

Un único proceso permanente de educación de la fe.

Concebimos esta gran etapa formativa cristiana como un *único proceso permanente de educación de la fe*, en el que intervienen —en mutua interacción y complementariedad— varias acciones educativas: la educación cristiana en la familia, los períodos intensivos de catequesis —propriadamente dicha— en la comunidad, la enseñanza religiosa escolar, la homilía dominical, la formación recibida en los movimientos, comunidades grupos... Cada una de estas acciones educativas tiene su propia especificidad e importancia. Es su *conjunción coherente* la que proporcionará una adecuada educación de la fe.

● Sin pretender un comentario exhaustivo de los diferentes aspectos de este proceso —cuya concepción pastoral, por otra parte, está bastante elaborada por los catequistas y aceptada en la mayoría de nuestras diócesis—, sí queremos, sin embargo, subrayar algunas cuestiones de especial relevancia:

EL DESPERTAR RELIGIOSO EN LA FAMILIA

245. — La primera concierne al *despertar religioso* en el seno de la familia. Consideramos que esta primera iniciación cristiana es básica y fundamental. «El niño pequeño recibe de sus padres y del ambiente familiar los primeros rudimentos de la catequesis, que acaso no serán sino una sencilla revelación de Dios, Padre celeste, bueno y providente, al cual aprende a dirigir su corazón» (CT, 36). Esta iniciación cristiana familiar reviste los sencillos caracteres de un despertar religioso que los padres ofrecen a sus hijos, envuelto en las relaciones afectivas familiares.

Cuando no se da...

Este *despertar religioso*, al que el niño bautizado tiene derecho, por desgracia no siempre se da hoy en el seno de la familia, con grave detrimento para la construcción de la personalidad creyente. Esta ruptura de la tradición educativo-cristiana —hasta hace poco mantenida, de modo general en el seno de las familias— exige una vigorosa acción de la Iglesia en los tiempos actuales, tanto a través de la catequesis de los padres y padrinos previa al Bautismo de los niños, como de la catequesis parroquial, que debe ayudar a los padres en esta tarea suya, y no debe suponerla ya realizada cuando el niño acude por primera vez a la catequesis parroquial a los seis o siete años.

...hay que suplirla.

Con el necesario tacto y delicadeza, es preciso que la catequesis de la comunidad cristiana no trate por igual a los niños que carecen de ese des-

pertar religioso, a los que debe prestárseles una especial y esmerada atención (ver CT, 42).

LA CATEQUESIS DE LOS NIÑOS

246. Entre nosotros, los niños constituyen un vasto e importantísimo sector de catequizandos, sobre todo, en un país en el que los padres piden la educación en la fe de sus hijos (ver Homilía de Juan Pablo II en Granada: 5 noviembre 1982).

Objetivo de la catequesis de niños...

La catequesis de los niños trata de «introducir al niño, de manera orgánica, en la vida de la Iglesia, incluida también una preparación inmediata a la celebración de los sacramentos» (CT, 37).

...y sus características.

Se trata, por tanto, de una:

- *Catequesis didáctica, pero encaminada a dar testimonio de la fe;*
- *Catequesis inicial, mas no fragmentaria, puesto que deberá revelar, si bien de manera elemental, todos los principales misterios de la fe y su repercusión en la vida moral y religiosa del niño;*
- *Catequesis que da sentido a los sacramentos, pero a la vez recibe de los sacramentos vividos una dimensión vital que le impide quedarse en meramente doctrinal, y comunica al niño la alegría de ser testimonio de Cristo en su ambiente de vida» (CT, 37).*

Los predilectos de Jesús

Los niños son los primeros en conocer muchas cosas de la Revelación que se ocultan a los mayores: son predilectos de Jesús, que alabó al Padre porque hizo a los pequeños partícipes de verdades y vivencias que se esconden a los sabios (ver Mt 11, 25; 18, 3; 19, 14).

Los sacramentos dentro del proceso catequético.

● Es deseo de la Iglesia, por tanto, que se extienda, cada vez más, el criterio de que la catequesis de la infancia no se propone prevalentemente como meta la mera iniciación de los niños en la vida sacramental, sino el promover en ellos un *itinerario personal* de vida cristiana, dentro del cual se insertan los Sacramentos como *momentos fuertes* del crecimiento en la fe. Es decir, los Sacramentos que el bautizado recibe en la etapa de su

infancia no deben ser considerados como metas aisladas o conclusivas del itinerario catequético propio de ese período vital, sino como momentos de expresión de la maduración cristiana que poco a poco se va alcanzando.

LOS PERIODOS DE CATEQUESIS ORGANICA

247. — Es importante determinar los *momentos* más adecuados —dentro de esta gran etapa vital que va desde la niñez a los umbrales de la vida adulta— para una *catequesis orgánica*, dentro del proceso permanente de educación en la fe. La psicología evolutiva, en efecto, nos dice que hay períodos más adecuados para educar la *adhesión de fe* —mediante una catequesis de talante misionero— y otros en los que la educación del *conocimiento* y *compromiso* de la fe están exigiendo una catequesis más sistemática.

Como criterio general, creemos que es imprescindible la organización de una *pastoral general* para niños y jóvenes. En ciertas etapas, por ejemplo, entre los siete y doce años, o en esa otra etapa en que el cristiano se prepara para la Confirmación, esa acción pastoral es primordialmente una *catequesis propiamente dicha*. En otros momentos, la dimensión catequizadora es, sobre todo, o unas ofertas formativas en períodos determinados o tiempos fuertes, o unas catequesis ocasionales, dentro de las actividades formativas del grupo o de la asociación o comunidad en la que el niño o adolescente cristiano está integrado.

LA CATEQUESIS DE JOVENES

248. — Es esperanzador el resurgir generalizado de la *catequesis juvenil* en torno al sacramento de la Confirmación. Es de desear aquí también que la preparación para recibir este sacramento se sitúe en el contexto más amplio de una catequesis orgánica. Por otra parte, la creación de comunidades cristianas juveniles —las más de las veces en el marco parroquial y con algún tipo de vinculación a las comunidades cristianas adultas— son, sin duda, un magnífico cauce de renovación eclesial.

Características de la catequesis de jóvenes.

En líneas generales, la *catequesis de jóvenes* podrá caracterizarse por estos rasgos:

- Ha de tener en cuenta las expectativas de los jóvenes y respetar sinceramente —tratando de darles una respuesta cristiana— sus problemas, dudas y dificultades.
- Ha de implicar a los jóvenes, en la medida en que son capaces de ello, en los problemas de la promoción humana y cristiana, exponiendo

«sin simplismos y esquematismos ilusorios el sentido cristiano del trabajo, del bien común, de la justicia y de la caridad..., de la promoción de la dignidad humana, del desarrollo y de la liberación tal como los presentan documentos recientes de la Iglesia» (CT, 39).

- Ha de proponer el mensaje cristiano en confrontación con los humanismos modernos de modo que los catecúmenos sean capaces de dialogar con otras formas de pensar y con otros estilos de vida que son frecuentes entre los jóvenes de nuestro tiempo.

Las comunidades cristianas, al desarrollar la catequesis de jóvenes, han de darles posibilidades de actuar como protagonistas —también en las celebraciones litúrgicas⁴— y encargarles responsabilidades para que no se sientan sujetos pasivos ni permanezcan en una continua situación infantil.

La catequesis de jóvenes ha de tender a la creación de *comunidades cristianas juveniles*, en las que la presencia de jóvenes matrimonios militantes puede ayudarles a enfrentarse con su propio futuro, y, además, ha de fomentar que los propios jóvenes sean catequistas de otros jóvenes.

EDUCACION ESPECIAL DE LA FE

Algunos rasgos de la catequesis con minusválidos.

249. — En el campo especialmente de la catequesis de niños y jóvenes requiere una particular atención la educación en la fe de los *minusválidos* (deficientes mentales, sensoriales, autistas, etc.). Ellos tienen derecho a conocer y vivir el *misterio de Cristo*. La catequesis de los minusválidos presenta dificultades especiales y, por ello, exige una específica preparación en los catequistas. Estos, partiendo de la realidad concreta y vital de esos catequizandos, les irán ayudando a asumirla desde la fe. No deben olvidar la capacidad que estas personas suelen tener para la captación del lenguaje «simbólico» o de los signos. En este sentido, la educación especial de la fe deberá apoyarse en las experiencias humanas que los minusválidos viven con especial intensidad: más que a través de razonamientos o de deducciones lógicas ellos se orientan a las realidades que los trascienden a través de la afectividad.

Integrarles en la comunidad.

Por otra parte, es importante integrar a los minusválidos en la comunidad cristiana, ayudándoles a evolucionar religiosamente a partir de su apertura

4 Es importante atender el deseo de los jóvenes de participar en Eucaristías verdaderamente fraternales. En este sentido, conviene tener presente la reflexión pastoral del Secretariado Nacional de Liturgia, publicada con la aprobación de la correspondiente Comisión Episcopal, bajo el título «La celebración de la Eucaristía con los jóvenes» (abril, 1982).

al afecto de los demás, que les han de reconocer, *de modo efectivo* el «sitio» que tienen en la comunidad fraterna de los discípulos de Jesús, para la que constituyen un misterioso tesoro con la aportación de lo que realmente son. Su vida limitada merece el respeto, la estima y la plena aceptación de toda la comunidad de creyentes.

CATEQUESIS Y ENSEÑANZA RELIGIOSA ESCOLAR

El principio de fondo.

250. — Es importante, en esta etapa, la relación entre *la enseñanza religiosa escolar y la catequesis*. En este punto han de tenerse en cuenta las clarificadoras palabras de Juan Pablo II: «El *principio de fondo* que debe guiar el empeño en este delicado sector de la pastoral es el de la *distinción* entre la enseñanza de la religión y la catequesis que, por otra parte, son *complementarias*... La enseñanza religiosa impartida en las escuelas, y la catequesis propiamente dicha, desarrolla en el ámbito de la parroquia, aunque distintas entre sí, no deben considerarse como separadas... La enseñanza de la religión puede considerarse tanto como calificada *premisa* para la catequesis, como también una reflexión *ulterior* sobre los contenidos de la catequesis ya adquiridos» (*Alocución a los sacerdotes de Roma*, 5 de marzo de 1981).

distinción y complementariedad

A este criterio se remite el documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica «*El laico católico, testigo de la fe en la escuela*» (Roma 1982), al decir: «...la enseñanza de la religión católica, *distinta* y al mismo tiempo *complementaria* de la catequesis propiamente dicha, debería ser impartida en cualquier escuela». Anteriormente, también nosotros nos esforzamos por clarificar esta distinción y su positivo alcance en la misma línea de las intervenciones de la Santa Sede citadas (ver «*La enseñanza religiosa escolar. Orientaciones pastorales*», Declaración de la Comisión Episcopal de Enseñanza, 11 junio 1970, n. 59 ss.).

Las variables a considerar.

Sobre la base de la *distinción y complementariedad* expresada en estos documentos oficiales, en la práctica deben tenerse en cuenta las diferentes *variables* que se presentan para proceder con un sano realismo pastoral y no aplicar los principios de manera simplista e indiscriminada. Hay que tener en cuenta, en efecto:

— Si los alumnos son pequeños o mayores, ya que —como apuntamos en el citado documento (ver n. 125)— la distinción entre enseñanza

religiosa escolar y catequesis se va haciendo más acusada a medida que la edad del niño va madurando. Esta distinción se hará más neta en los objetivos, metodología y desarrollo concretos de ambas acciones que, incluso, en los instrumentos mediante los cuales se proponen *al niño* los «documentos de la fe».

- Si se trata de una escuela estatal o de la Iglesia, ya que la enseñanza religiosa escolar en este último caso no deberá hacerse sin las referencias necesarias a su intencionalidad institucional y a su contexto educativo peculiar (ver loc. cit., Prefacio).
- Si los alumnos son creyentes o no creyentes, ya que este dato cualifica de modo distinto la enseñanza religiosa escolar (ver loc. cit., n. 70).
- Finalmente, si los alumnos están siendo catequizados —de hecho— en la comunidad cristiana, o si no reciben catequesis en ningún sitio, ya que este dato afecta a la complementariedad —cuando se da la catequización— o la insoslayable suplencia, cuando se carece de aquélla.

La necesaria atención a estas *variables* se hará siempre sin perjuicio de los objetivos específicos de la enseñanza religiosa escolar.

C) EL PROCESO CATEQUETICO EN LA TERCERA EDAD

Una catequesis necesaria...

251. Es preciso abordar la realización de una catequesis que apenas existe, pero que responde a necesidades que nos acucian. En efecto, al abrirse esa tercera —y definitiva— fase de la vida humana, la Iglesia debería ofrecer la posibilidad de que los cristianos de avanzada edad ahondasen en los cimientos de su fe para poder vivir con la mayor plenitud cristiana posible este período —muchas veces largo todavía— de la vida.

...que será para muchos la última oportunidad.

Hay que tener en cuenta que, para no pocos, esta catequesis constituye tal vez la fundamentación cristiana, personal y consciente que no tuvieron o el encuentro primero con el Dios vivo que, sin saberlo, siempre buscaron.

Catequesis para la vida...

No es la catequesis de esta edad una preparación para la muerte, sino la preparación para una vida útil y digna, al servicio del bien común de la sociedad, incluso participando en la lucha por la justicia. En esta época,

en efecto, se suele experimentar en propia carne la frágil justicia social de nuestro mundo, con sus frutos de soledad y marginación para el anciano.

...con unas características originales.

El proceso catequético en la tercera edad debe tener una originalidad propia que entre todos hemos de descubrir y desarrollar y habrá de tener como meta final a que estos catecúmenos se integren en las comunidades cristianas adultas para que la sabiduría cristiana acumulada en tantos años haga más fecunda la vida de la Iglesia.



252. Estos diferentes procesos de catequización deben ser ofrecidos por la Iglesia diocesana en un *proyecto global coherente*:

«Es importante que la catequesis de los niños y de los jóvenes, la catequesis permanente y la catequesis de adultos no sean compartimentos estancos e incommunicados. Más importante aún es que no haya ruptura entre ellas. Al contrario, es menester propiciar su mutua complementariedad: los adultos tienen mucho que dar a los jóvenes y a los niños, pero también pueden recibir mucho de ellos para el crecimiento de su vida cristiana» (CT, 45).